

órdenes religiosas (1); y que no viendo su orden en aquella multitud de hijos de la Virgen, espuso su admiracion y su sentimiento á esta, la cual le dijo: «La misma predileccion que tengo á los tuyos es lo que hace que no los veas, porque los he colocado, como favoritos míos, debajo de mis brazos para calentarlos con mi ternura.» En seguida, entreabriendo su manto, con que parecia vestida y que tenia una anchura maravillosa, le hizo ver una multitud innumerable de religiosos y Santos de su orden, cuya vista le enagenó de alegría.

Así es como María cubre con su Maternidad y calienta con su caridad todo lo que vive en la Iglesia y en el Cristianismo. El Amor eterno, Jesucristo, se ha encendido en ella como en su foco, desde donde no cesa de inflamar las almas. De ahí es de donde todas las instituciones, cuyo objeto es comunicarlo, irradian en la Iglesia, todas por una misma inspiracion, cada una en un sentido distinto, tomando en esta plenitud de gracia y de virtud la especialidad de carácter y de accion que requiere la aplicacion que de él se hace al mundo.

(1) Así la ha representado el pincel de Lemoine en la *Gloria* que decora la bóveda de la capilla de la Virgen en San Sulpicio. Igual *Gloria* podria representarse en la capilla de las *Obras*.

 CAPITULO VII.

María, objeto de la razon, de la imaginacion y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes.

Comunmente, cuanto mas se escribe sobre un asunto, mas se le agota, pero lo contrario sucede con el Cristianismo; cuanto mas se trata de él, mas se le aviva. Esto es propiedad de lo infinito, de lo divino. El asunto de la Virgen María presenta en él mas alto grado este carácter cristiano de inagotable fecundidad. De él se levanta una prueba general mas grande que todas las que damos; la que no damos y que se nota en él, como en *potencia*. Nuestro anhelo en esta obra no es otro que hacer sentir esta plenitud potencial del culto de María. Lo que de él decimos solo tiene un valor de iniciacion para este efecto. Es como aperturas y vislumbres sobre lo infinito, ó como preludios de un Océano de armonías.

Por ejemplo, ¿cómo agotar ó cómo tratar suficientemente el objeto de este capítulo! Lo que puede decirse sobre él á primera vista, es que lo es todo ó nada. ¿Cómo, en efecto, puede ser la humilde Virgen de Nazaret *objeto de la imaginacion y de la sensibilidad en las ciencias, la poesía y las artes*? O esta proposicion es insensata, ó si tiene algun fundamento, dá singularmente en qué pensar. La desproporcion natural entre el sugeto y el objeto es tan notable, que no puede en manera alguna explicarse su relacion mas que por lo sobrenatural. Así, pues, basta hacer entrever esta relacion, y esto es lo que vamos á intentar.

§. I.

María, objeto de la razon en las ciencias.

I. La razon en las ciencias se propone el conocimiento de las cosas en sí mismas, y en sus relaciones con el mundo que ellas componen, para descubrir su fin y dirigirse en vista de este fin. Todas ellas entran en la filosofía, que las inspira con sus intenciones, que recoge sus resultados, y que saca de ellos LA CIENCIA en su acepcion mas general, teniendo presente su aplicacion suprema, que es LA SABIDURÍA.

Así sucede respecto de la ciencia de las cosas naturales, ó de las *ciencias naturales*; de la ciencia de las cosas humanas, ó de la *Historia*, de la ciencia de la justicia aplicada al orden de las sociedades, ó de la *Jurisprudencia*; de la ciencia de las espresiones del alma humana, ó de las *Letras*; de la ciencia de esta misma alma en sus facultades y en sus afectos, y de la ciencia de Dios de que es la imágen, y cuya manifestacion es el universo, lo cual es propio de la *filosofía* propiamente dicha, en sus diversas ramas, la *psicología*, la *moral* y la *teodicea*.

Tal es la familia de las ciencias humanas, por las cuales el hombre entregado á sí mismo, busca, con el auxilio de la razon natural, reconocerse y dirigirse en vista de su fin.

Pero sobre todas estas ciencias, hay una ciencia de un orden muy diferente y muy distinto, en cuanto á que sus elementos, en lugar de ser descubiertos por la razon, son revelados á la razon, como superiores á su natural alcance; la ciencia sobrenatural de Dios en sus relaciones con el mundo, la *teología*.

Esta ciencia, por distinta que sea por el género de sus nociones, no carece de relacion con la ciencia humana, porque se propone el mismo objeto, y solo ha sido dada para ayudar al hombre á alcanzarlo. Y aun debemos decir, que ha elevado este objeto mas alto, al mismo tiempo que ha asegurado mas su consecucion.

Todas las ciencias humanas que se comprenden en la filo-

sofía, se proponen, por esta, conocer el fin para el cual ha sido criado el hombre, que es el de conocer á Dios. La teología se propone el mismo fin, elevado á mayor altura y mas determinado. La diferencia que hay entre la filosofía y la teología es, en cuanto al género, que la filosofía trata de conocer á Dios por el conocimiento que nos dan de El las criaturas, y la teología nos lo hace conocer por el conocimiento que ella misma nos ha dado de El.

De aquí resulta evidentemente, que la teología comprende todas las ciencias humanas en su razon de ser y en su fin superior. Esto es cierto de tal manera, que reducida aun á su mas simple espresion, al *catecismo*, puede suplir la teología á todos los conocimientos humanos, y que finalmente, sabe mas un niño que tenga este conocimiento, como decia muy bien Jouffroy, que las cinco clases del Instituto.

No es esto decir que las ciencias humanas se hallen absorbidas ó aniquiladas por la teología; pues lejos de esto son, por el contrario, enriquecidas y fecundizadas por ella.

Una comparacion hará esto mas perceptible.

Los operarios que preparan los materiales que deben emplearse para construir un vasto edificio, la piedra, la madera, el hierro, por mucho que se apliquen en su obra, segun las instrucciones parciales que se les han dado, no hay duda que les servirá de gran luz el conocimiento general del edificio á que debe adaptarse esta obra, y en el cual verán su razon de ser. Asimismo, las diversas ciencias trabajan en construir el edificio general de las cosas con relacion á su fin en el universo; el cual es como el *sobrestante* respecto de los *jornaleros* que nos sirven de comparacion. Pero la misma filosofía, no conociendo el edificio sino por conjeturas y por hipótesis, puede vacilar singularmente y equivocarse en sus planes; la historia de sus errores está á la vista para atestiguar su insuficiencia.—Pero que en esta situacion venga en persona el *sobrestante*, el *arquitecto* mismo, que explique su propio plan, que se digne bajarse al sobrestante y á los mas humildes jornaleros, que se ponga él mismo á su cabeza para darles á conocer el edificio y el fin á que lo destina; ¡qué luces, qué emulacion, qué fervor y qué impulso no resultará en el trabajo!

II. Pues bien, este arquitecto ha venido; es el Verbo hecho carne; Jesucristo.

No hay duda que no vino como sábio ni como filósofo; su revelacion no tuvo por objeto la ciencia de las cosas en sí mismas, y esto es lo que deja al entendimiento humano libre en su dominio, sino que vino como *Principio*, como *Bien* y como *Fin* de las cosas, y esto es lo que ilumina y ordena este dominio del entendimiento humano, dándole su *Orientacion*.

A esta bella verdad se refiere esta magnífica frase de San Pablo: *Instare omnia in Christo, quæ in cælis, et quæ in terræ sunt, in ipso*. «Establecer todas las cosas sobre Jesucristo, así las que hay en el cielo, como las que hay en la tierra (1).» En Cristo todo fué puesto respectivamente en su lugar: Dios, el hombre, las criaturas, la familia, las sociedades, los poderes, los pueblos, el género humano, los destinos terrestre y celeste de la humanidad. Todo fué ordenado sobre El. Llegó á ser en el mundo la razon de las cosas, la palabra del enigma del universo. En esto influyó evidentemente sobre la ciencia de las cosas, puesto que no existen sino con relacion á El, y que El las ordena todas; lo que hace decir al mismo Apóstol que, «en Cristo se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia:» *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi* (2).

Esta verdad no teme el contacto de la observacion, no solamente con relacion á la ciencia, en general, sino con relacion á cada ciencia en particular; á las Ciencias naturales, á la Historia, á la Jurisprudencia, á las Letras, á la Filosofía.

Así, las ciencias naturales que tienen por objeto el conocimiento de los seres, estudiados segun las leyes que los distinguen y que los unen en la creacion, no encuentran su supremo objeto sino en la razon de ser de la *creacion* misma. ¿Y cuál es la razon de ser de la creacion? ¿Cuál es su principio y cuál es su fin? ¿Por quién y para quién fué hecha? Fué hecha, nos dice el Apóstol, por Jesucristo y para Jesucristo.

(1) Ad Ephes., I, 10.

(2) Ad Coloss., II, 3.

Per quem omnia—propter quem omnia (1). Y en efecto, por el Verbo es por quien *todo fué hecho* (2): él es el *sentido* de este discurso de que son *espresiones* todos los seres de la naturaleza, de este himno de que son las estrofas los cielos, la tierra y los mares. Y por este mismo Verbo es por quien ha sido hecho todo; El vino á encarnarse en su propia obra, *in propria venit*, para ser su fin en la humanidad, así como fué su principio en su divinidad, y para cerrar así el círculo de las cosas en su persona. Seguramente, sin estorbar en lo mas mínimo á las ciencias en sus observaciones, esta revelacion del principio y del fin de la creacion en la unidad personal del Verbo encarnado, constituye una mira sublime que, si se profundizara bien, seria de las mas fecundas para la ciencia, todas cuyas salidas ilumina y de que es la *clave*.

Jesucristo es igualmente la clave de la *Historia*. Todos los acontecimientos que componen el destino del género humano en la tierra, todas las revoluciones de las sociedades y de los imperios son objeto de esta ciencia, y ella es libre en este vasto campo. Pero siendo Jesucristo la razon suprema de estos acontecimientos y de estas revoluciones, como ha demostrado Bossuet, solo se tiene el sentido moral de la historia en Jesucristo, pues El es la razon de cuanto pasa.

Lo mismo sucede respecto de la *Jurisprudencia*. ¿Qué significa la ciencia del derecho y de las leyes en su codificacion, si no nos remontamos á aquella *Ley verdadera y primitiva* de que habla Ciceron, *la única que tiene carácter para mandar y prohibir, la cual no comienza á ser ley desde el dia en que es escrita, sino desde el dia en que nació, es decir, al salir de la inteligencia divina, la cual es consustancial, y de que es la recta Razon* (3)? Y ¿cuál es esta *Ley*, esta *Razon*, sino es tambien esta *Luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo*, y que *no comprendian las tinieblas* (4), este Verbo de Dios manifestado en Jesucristo, que es la *Verdad*, y por esto mismo,

(1) Ad Hebræos, II, 10.

(2) Juan, I.

(3) Cicer., de *Legibus*, II.

(4) Juan, I.

la *Ley* según la palabra de su salmista (1), de que ha llegado á ser el Evangelio la ley de las leyes, y ha influido, como lo ha demostrado tan bien M. Troplong en el mismo derecho privado?

Asímismo, las letras no tienen su razón sino en el ideal de lo verdadero y de lo bello, de que son la expresión, y que es este mismo Verbo que se hace oír en la naturaleza y en la conciencia, y que aparecía en Cristo, según que El mismo se anunció con estas palabras: «Héme aquí presente, á mí que hablaba en otro tiempo.» *Ego ipse qui loquebar, ecce adsum* (2). ¿Qué influencia no debe ejercer la ciencia de este Verbo divino en la del Verbo humano, que no es más que su eco! ¿Qué inspiraciones no ha recibido de él el espíritu humano, desde las que descendieron sobre los pescadores de Galilea y que hicieron caer en las redes de su palabra á los oradores de Atenas y de Roma, hasta las que estallan en la potente y arrebatadora palabra de Bossuet, semejantes á los truenos y relámpagos de las tempestades!

Finalmente; ¿qué diremos de la *Filosofía*! Dios, el hombre y su relación: he aquí su objeto, bajo los nombres de teodicea, de psicología y de moral, que nunca se ejercitará sobrado para honor del humano entendimiento. Mas, por este mismo honor, que no se deseche la ciencia del Verbo hecho carne, si no se quiere dar en los extravíos más humilladores y funestos. Y en efecto, siendo este Verbo en su generación divina el espejo en quien se mira y se conoce el mismo Dios en su generación humana, el espejo en que aprende á conocerse el hombre, y en la misión de una y otra la *via* que conduce de la *verdad* á la *vida*, de la ciencia á la sabiduría, no llega toda filosofía á su plenitud y á su incertidumbre sino en Jesucristo.

Así es como el Verbo encarnado, Jesucristo, siendo la ra-

(1) *Justitia tua Justitia in æternum et Lex tua veritas* (Salmo CXVIII, 142).—Véase este admirable salmo, que no es desde el principio hasta el fin más que un himno á la *Justicia* y á la *Ley*.

(2) Isaías, LIII, 6.

zón primera y final de las cosas, ilumina las ciencias de que son estas objeto, las ciencias naturales, la historia y la jurisprudencia, las letras, la filosofía. El es su fin sintético, la ciencia común hácia la cual gravitan por diversos senderos, y donde ellas se funden en su luz.

De aquí este nombre de *Dios de las ciencias* que se dá á sí mismo por su profeta (1).

De aquí esta frase de Bacon, que la *Fé* es el aroma de las ciencias; y esta otra de un gran naturalista: *La revelación es el puerto y el sitio de reposo de todas las contemplaciones humanas* (2). Sobre lo cual hace M. de Maistre esta sólida reflexión: «Cuanto más se cultive la teología y sea honrada y dominante en un país, más fecundo será este país en verdadera ciencia. He aquí por qué han aventajado las naciones cristianas á todas las demás en la ciencia. Copérnico, Keplero, Descartes, Newton, los Bernouilli, etc., etc., son producto del Evangelio (3).

III. Sentado esto, es fácil hacer su aplicación á la Virgen. Todo cuanto acabamos de decir, en efecto, del Verbo encarnado, comprende á María, y le es conexo, como el agente bendito de su manifestación.

Así, las ciencias naturales que tienen por objeto las obras de Dios, deben venir á inclinarse las primeras ante esta Virgen en quien, como hemos dicho, el Verbo *por quien ha sido hecho todo*, según su divinidad, ha sido El mismo *hecho* en su humanidad, para ser en esta maravillosa operación el *fin* de todas estas obras de que es el *principio*, y de que forma el *nudo* María.

La Historia debe igualmente saludar en María, á lo que se ha llamado con tanta justicia el *Negocio de los siglos*, *Negotium Sæculorum*. Ella es en efecto su parto divino, lo que

(1) I, Reg., II, 3.

(2) DE LUC., *Compendio de la filosofía de Bacon*, t. II, p. 288.

(3) DE MAISTRE, *Obras póstumas*.—*Exámen de la filosofía de Bacon*, t. II, p. 274.

marca esta interseccion de los tiempos antiguos y de los tiempos nuevos que cantaba así Virgilio:

*Ultima Cumæi venit jam carminis aetas;
Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo* (1).

Esta PLENITUD DE LOS TIEMPOS, donde Dios debía enviar á su Hijo hecho de la Mujer, como dice el Apóstol (2). Ella es la que encierra la era de las promesas y la que abre la de su cumplimiento, dando al mundo *Al* que fué el deseado de todas las naciones, desde el origen de las cosas, para ser el Padre del siglo futuro hasta su consumacion, punto de vista culminante de toda la historia, que la divide en dos vertientes unidas por su cima, en la mas alta de la cual presenta María hija de los Patriarcas y Madre de los cristianos, á los unos y á los otros á *Emmanuel*, á ese Dios con nosotros, á ese Rey de los siglos, cuyo advenimiento y reinado han sido y serán por siempre objeto de todas las revoluciones humanas.

María no tiene menos derecho á los homenajes de la jurisprudencia, por ser el *Espejo de esa justicia* esencial por la que mandan los legisladores lo que es justo: la Mesa virginal en que esa *Ley verdadera y primitiva*, de que habla Ciceron, *saliendo de la inteligencia divina*, ha venido á inscribirse á las miradas de los hombres, para llegar á ser la regla de sus juicios, el espíritu de las leyes, la base del derecho, la alta garantía y la suprema sancion de la justicia humana.

Las letras deben tambien celebrar á porfia á esta Virgen, en quien se ha espresado el pensamiento eterno, y que *ha venido á conversar con los hombres* (3); á esta Reina de los Apóstoles, de los Doctores y de los Oradores que invocan los cristianos y los Bossuet al principio de sus discursos, para que les obtenga aquel *Verbo* de que ella quedó llena, y del cual es toda su elocuencia un surtidor precioso.

Finalmente, María es la *Sede de la Sabiduría*, donde aspira

(1) VIRGILIO, Eglog. IV, vers. 4 y 5.

(2) Galat., IV, 4.

(3) Baruch., III, 38.

la filosofia, escediendo en elevacion á la ciencia de todos los filósofos, *Sophorum superascendens omnium scientiam*, como dice uno de los mas eminentes de ellos (1), posee en plenitud y produce en efusion la eterna é inaccesible luz, de que solo percibe reflejos la sabiduría humana.

Así es verdad decir, que por la gracia de la divina Maternidad, la humilde Virgen de Nazaret, *Nudo de Cristo*, *Negocio de los siglos*, *Espejo de justicia*, *Generadora del Verbo*, *Sede de la Sabiduría*, es el objeto de la razon en las ciencias, como siendo la Madre de el que es su Dios, y la dispensadora de estos tesoros de ciencia y de sabiduría de que es su abismo (2).

§. II.

María, objeto de la imaginacion y de la sensibilidad de la poesia.

I. La poesia es para lo Bello, lo que la ciencia respecto de lo Verdadero, lo que la sabiduría respecto del Bien.

Lo bello, lo verdadero y el bien, llevados á su fuente, son tres maneras de ser de Dios, cuyo carácter mas necesario es lo VERDADERO. Lo verdadero y Dios se definen del mismo modo; *Lo que es ó El que es*. Lo bello es su esplendor y el bien su aliento. Ambos se reunen en lo verdadero. En él puede verse la Trinidad, porque lo verdadero es padre de lo bello, cuya contemplacion produce el bien, como el espíritu de su amor reciproco.

Lo bello es pues el Hijo de Dios, que llama tan perfectamente San Pablo *la figura de su substancia* (3), y Salomon *el vapor de la virtud de Dios, y la efusion purísima de la claridad del Omnipotente, el resplandor de luz eterna, el espejo sin mancha de la Magestad de Dios y la imágen de su bondad* (4); espresiones con que se ha definido lo bello por sí mis-

(1) San Anselmo, himno á la Virgen.

(2) Ad Coloss., II, 3.

(3) Ad Hæbr., I, 3.

(4) Sap., VII, 25, 26.